

IGNACIO SANZ (Lastras de Cuéllar, Segovia, 1953). Narrador oral y escritor. Cuenta con varias publicaciones etnográficas, sobre juegos, artesanía, tradiciones orales, la matanza del cerdo o la cultura del vino. Desde 1983 coordina la Tertulia de los Martes, en Segovia, un foro de debate por donde han pasado los más destacados escritores españoles. Como narrador oral ha participado en numerosos encuentros y coloquios especializados y es invitado habitual en colegios, institutos y jornadas culturales para incentivar a los jóvenes a la lectura. Dirige el Festival de Narradores Orales de Segovia y el Festival de Narradores Orales de El Espinar (Segovia).

Ignacio Sanz

La obsesión del invierno

NADIE ESPERE CONFESIONES suicidas ni desnudos integrales. En *La obsesión del invierno* reflejo, con la arbitrariedad consustancial a todo diario, las inquietudes y devaneos que me son más próximos: la creación literaria, los viajes, el palpito de la vida provinciana, la amistad, la familia..., sin más rigor que el derivado de las hojas del calendario. En definitiva, la pequeña feria de la vida con sus contingencias convertida en materia de reflexión y devaneo. Aunque, a veces, tengo la sospecha de que, además de indagar en el mundo que nos rodea, el autor de un diario, sobre todo, desenreda los caminos de su propio laberinto. Y sin embargo, me sentí muy aliviado cuando, casi a punto de romper la primavera de 1987, decidí darlo por concluido, empujado por el mismo viento repentino que me impulsara a iniciarlo en el otoño de 1986. La esquizofrenia comenzaba a rondar los balcones de mi casa. Y es que hay un momento en el que no sabes si el diario gira en torno a la vida o es la vida la que se pliega al diario. Como contrapunto he podido constatar que la escritura refuerza lo vivido —lo fija—, si se quiere, hace concebir en el escritor la ilusión de que vive dos veces.¹



11 de octubre de 1986

HEMOS PASADO el día en Muñoveros, presos de una fiebre insaciable de buscadores de níscalos, pero se ve que no somos expertos. Por la mañana, en el pinar con los niños, al que no hemos logrado arrancarle más que el fondo de una bolsa. Por la tarde, merodeando en el monte sin que hayamos podido estrenarnos. ¡Qué desconsuelo! Menos mal que olía a jara y a tomillo y a miera, y con eso y el paseo hemos quedado resarcidos. La vuelta a casa, con el sol lamiendo en lontananza las copas de los pinos, ha resultado sosegada. Los niños nos esperaban en las eras, jugando con sus primos bajo la tutela de la abuela. Aún quedaba algo de claridad cuando he subido al cuarto de Mari Tere, que es el más tranquilo de la casa. He abierto una novela, al desgaire, pero no me apetece, tras el paseo, meterme en lecturas. Es como si no quisiera mancillar la placidez campestre con que ha discurrido el día. Acaso sea por no atenuar una vaga sensación de cansancio. Por eso he abierto un cuaderno y me he decidido a principiar este diario en la confianza de que saque fuerzas para reflejar los aconteceres y las obsesiones que me vayan ocupando; las de mi alrededor y las mías; las unas están imbricadas en las otras. Es la primera vez que abordo un trabajo de este tipo. Confío que la constancia, compañera fiel de otros propósitos, no me dé la espalda. El tiempo dirá.

14 de diciembre de 1986

LLEVO UNOS DÍAS ausente, sin asomarme a estas páginas. Quizás porque han sido agitados, con mucha actividad y azacaneo de por medio; acaso porque la pereza y, lo peor, una maraña insustancial y anodina de pequeñas relaciones, compromisos y convenciones, me impide estar solo, encarado conmigo mismo. He comenzado la redacción de *Alegato contra los ciegos*. Los tres primeros folios. A ver si me procuro reposo para desarrollar la idea. (...) Intimé con Honorio Velasco, catedrático de Antropología en la Uned, hombre lúcido y clarividente, a quien ya conocía. Acordamos tratar de resolver la situación angustiosa de Victoriano Abán, el calderero de Navafría, que él estudió hace unos años. Vive desesperadamente, sin apenas ingresos, al

frente del martinete, uno de los artilugios industriales mecánicos más ancestrales y complejos que restan en la península. Victoriano había ido a verme dos días antes. En un mes había vendido dos calderillos, es decir 11.000 pesetas. Y esa es la tónica general, con cuatro bocas que alimentar. Una situación que no por crónica deja de ser angustiosa. Si hubiera un resto de sensibilidad en el Ministerio de Industria, en la Junta de Castilla y León, en el Museo del Pueblo Español o en Cultura, donde tantas veces hemos llamado, ese tesoro único que es el martinete, con todo su sabor arcano y primigenio, habría pasado a ser patrimonio colectivo. Y Victoriano a oficiar de falso calderero con demostraciones simuladas para tantos grupos de doctos curiosos como recalcan por allí. Y luego se les llena la boca cuando hablan de museos vivos. ¡La madre que los parió! Llevamos cinco años llamando a puertas que ni se abren ni se cierran. A ver si esta vez es la definitiva.

17 de diciembre de 1986

TERTULIA CON Julio Rodríguez Puértolas sobre la literatura y el fascismo a propósito del polémico libro que salió este verano. Puértolas tiene ese don de trastocar los sacrosantos esquemas por los que se encamina la crítica literaria más convencional. Claro que él, con el Materialismo Dialéctico como punto de arranque de la creación literaria, descarrila también, pues hay muchos aspectos que no se pueden contemplar desde ese prisma. Una cosa es aceptar que Cela colaboró con el fascismo tras la guerra, algo irrefutable por lo demás, según los documentos, y otra cosa es llegar a la conclusión de que *La familia de Pascual Duarte* o *La colmena* son libros con sesgo fascista. Ojalá gozáramos de muchos libros «fascistas» como esos. De cualquier modo creo que el libro es una interesante aportación a la Historia de la Literatura. Y entre otras lecciones cabe deducir que la creación, cuando es buena, persiste más allá de las modas o los movimientos pendulares de la política. Por el contrario, cualquier literatura donde prime la intencionalidad o la moralina fenece, como ha muerto sin dejar el más liviano rastro, aquella pléyade de novelistas de la posguerra dedicados a la exaltación descarada del franquismo. Afortunadamente y en hora grata.

18 de diciembre de 1986

VUELTA A LA CARGA sobre el martinete de Victoriano Abán. Esta vez con Miguel Ángel Moreno, el carpintero y ecologista, que, como paisano suyo, conoce mejor que nadie las vicisitudes en las que se desenvuelve. Me habló de la posibilidad de crear un taller escuela que subvencionara el Ministerio de Trabajo. Otro palillo que tocar. Llamaré a Honorio Velasco para comentárselo y tratar de que también él active el asunto.

26 de diciembre de 1986

LA FAMILIA ES un imperativo que nos viene dado: a veces acoge caracteres contrarios y enconamientos crónicos; pero en estas fechas parece que se vuelve a resucitar al niño que llevamos aletargados y poseemos una capacidad para olvidar las flaquezas y puñeterías que a diario pugnan y nos separan. Lo malo es el turrón que asedia a cada esquina como una amenaza. De joven era más refractario a este tipo de fiestas, ahora me dejo contagiar por la ilusión de los niños. Sirven de disculpa para estar cerca de mi madre y de la abuela. Alguien decía que la familia es el único agarradero de los pobres. Y es verdad. Mi madre lleva 28 años viuda, desde que contara 33. Durante 20 años, hasta que nos fuimos casando, ha vivido volcada hacia nosotros, trabajando como una mula. Ahora lo único que podemos ofrecerle a cambio es una mesa cumplida y la alegría febril de los niños. Aunque no fuera más que por eso, doy por bien llegadas las navidades. Bien es cierto que parecen teñidas por una melancolía envolvente que a veces desemboca en la reflexión sobre el paso inevitable del tiempo y eso arrastra una lánguida y gangrenada tristeza.

Segovia, 5 de enero de 1987

Jesús Pastor
Delegado Territorial de la Consejería de Educación y
Cultura de la Junta de Castilla y León
Segovia

Querido Jesús:

De entre todo el patrimonio etnológico que esta provincia conserva, contamos con lo que podría ser considerado como una de las quintaesencias de la industria tecnológica del XVII: el martinete de cobre de los Abán de Navarra. Es, a lo que parece, único en Europa, dado que los nuevos avances han arrinconado desde principios de siglo estas industrias sujetas para su funcionamiento a la fuerza del agua. La importancia de este martinete, el milagro de supervivencia y las singularidades de Victoriano Abán que lo regenta, han quedado reflejadas en multitud de trabajos etnográficos y periodísticos, así como en diversas películas, algunas de ellas merecedoras de galardones. La propia Junta de Castilla y León corrió con los gastos de la publicación de un trabajo aparecido el año pasado sobre el martinete, realizado por un grupo de alumnos de Formación Profesional, que se había alzado con el primer premio nacional de la Campaña Juvenil de Arqueología y Ciencia Industrial. Por Navarra desfilan, asimismo, a lo largo del año, numerosos grupos de personas interesadas en conocer los pormenores del funcionamiento del martinete. De las universidades nacionales y extranjeras se organizan excursiones con semejante fin. (...)

Pues bien, entramos en la parte amarga del asunto. Por razones de mercado, el martinete ha dejado de ser rentable comercialmente. Lleva unos años arrastrando una situación agónica. En los últimos tiempos -Luis Alberto López ha sido testigo de ello- hemos llamado a muchas puertas solicitando ayudas, limosneando favores. A veces se le han conseguido pequeñas subvenciones, pero pasados dos o tres meses, la situación vuelve a sus orígenes. (...) Así, la situación discurre por una pendiente que tiene como punto final el precipicio. Creo que vosotros, como Administración, no podéis ser indiferentes o insensibles a este hecho. Este hombre y su familia que tan quijotesicamente han arrojado adversidades por su carácter insumiso, es decir, por no adaptarse a los requerimientos del sistema económico, gracias a lo cual se conserva incólume este tesoro que ahora ya podemos considerar patrimonio de nuestra sociedad, merecen, sin duda, un trato distinto al que están recibiendo. (...) Creo que es necesario (...) dotar a este martinete de un estatuto especial que permita a su dueño vivir sin la amenaza del hambre (...)

porque esta familia no puede permanecer en la incertidumbre por más tiempo. Su situación angustiosa se conoce en los Ministerios de Industria y Cultura de Madrid, pero desde allí remiten a la Junta, aduciendo que las competencias han sido trasvasadas. (...)

El año pasado, Pedro Álvarez, senador por tu partido, me aseguró que el asunto ya estaba en vías de solución definitiva. Pero al final, vaya usted a saber por qué, quedó desvanecido. Una vez más. Como ves, la historia es larga y penosa. Creo que está en vuestras manos no prolongar por más tiempo una agonía innecesaria. ¡Salud!

P.D.: Por la parte que pudiera corresponder, envío copia de esta carta a la Consejería de Fomento.

6 de enero de 1987

ANOCHE APARECIÓ Wladi Sevilla a cenar. Wladi arrastra tras de sí un vendaval de rabia insumisa. Ojalá no sea sólo consecuencia de su juventud. Si gozara de audiencia, la crudeza de sus juicios actuaría como un revulsivo estimulante entre la pequeña burguesía provinciana de la que él procede. Hablamos de asuntos vitales más que de literatura. Ha pasado las vacaciones de Navidad trabajando en el pinar, tronizando pinos para sacar dinero. Una experiencia dura, en él circunstancial, que constituye el pan habitual de muchos paisanos de los pueblos. ¡Y gracias! Ha atacado una vez más la atonía en que se desenvuelve la ciudad. El escándalo que sobrevino hace un par de años cuando cerraron los cines. Aquello supuso carnaza para la prensa. Y sin embargo venimos careciendo de una casa de putas desde tiempos inmemoriales y nadie levanta la voz por ello. ¡Hipócritas segovianos! —dice Wladi— De esos tinglados debería ocuparse la concejalía de Bienestar Social por ser una necesidad perentoria sin cubrir. Vengan luego cines, teatros y festivales de verano. Pero lo primero es lo primero. (...)

30 de enero de 1987

PRESENTACIÓN DEL LIBRO de los personajes callejeros y apertura de la exposición fotográfica. Impresionante acogida del público, siempre abierto a fenómenos fácilmente asimilables (...) Aproveché la

presentación del libro para atacar el historicismo que padecemos en Segovia y que se refleja en las únicas colecciones de libros que se publican: la Caja de Ahorros y la Diputación. Ese afán por historiar hasta la última piedra, que nos remite al pasado de manera casi patológica, esterilizando la vida presente, como reflejo de una sociedad ajada y marchita, que se proyecta más en el ayer que en el hoy. No estaría mal afrontar a la ciudad histórica quemando simbólicamente el acueducto, a ver si conjurando el fetiche por el fuego purificador, nos vemos liberados del peso protervo de la Historia. Elogié el acierto y la oportunidad de un libro que analiza la ciudad y el palpito de sus calles a través de la vida de treinta y dos personas. Sobre todo porque nos devuelve reflejos huidizos y mudables de unas vidas humanas. Y porque reivindica el presente frente al pasado cadavérico. En casa de la Herminia, otro de los personajes callajeros, que regenta, según su propia confesión, una república independiente de 50 metros cuadrados, con flecos libertarios, tuvimos después vino y charleta. Ciertamente el bar de la Herminia es uno de los pocos espacios acogedores de esta ciudad, asfixiada por el oxidado corsé de tanta historia huera, de tanta impostura pequeñoburguesa, de tanta filfa insustancial. Si ella se encuentra inspirada, la estancia puede devenir en una fiesta continua.

2 de febrero de 1987

HERMOSO FIN de semana en Lastras de Cuéllar para matar el cochino del tío Emiliano. Los niños pasaron la semana previa inquietos, preguntando al levantarse si ese era el día de la matanza, ávidos por tirar del rabo. Siempre estremece un poco el momento de hincar el cuchillo con esos alaridos y resoples que lanza, y luego, ver salir el chorro acelerado de sangre a impulso de la respiración cada vez más sofrenada. No sé si será un poco bárbaro poner a los chicos por testigos. Yo recuerdo las matanzas como una de las fiestas familiares más gratas de mi niñez, como si todo estuviera dispuesto para que disfrutáramos de aquellos anchos espacios que eran las portadas donde, aprovechando el cabo sobrante de la cuerda que colgaba al marrano de la viga, se nos fabricaba un columpio; luego, las comidas abundosas en mesas alargadas y concurridas seguidas de bromas y conversaciones sabrosas, donde se repasaba el anecdotario familiar o el local. Por la noche el calducho y las morcillas, en cuyo

menester se ocupaban las mujeres durante la primera noche de matanza. Y al segundo día, una vez que el marrano ha pasado la noche al sereno, el destazado o troceado de la carne, repartiéndola en barreños de barro que venían a vender los cacharrereros de Jaén, o en donajos y artesas de madera. A media mañana se asa el somarro que es la primera cata del magro del cerdo y se bebe vino del porrón o de la jarra. Todo este proceso, tan vivo en la memoria, lo hemos repetido el fin de semana con los niños correteando mientras nosotros —qué tremendo asumir el papel de mayores encargábamos de raspar la piel, subir el marrano a la viga o picar la carne. El tío Emiliano refunfuñando, como siempre, con ese carácter tan entrañablemente hosco, que en él, más que un signo de acritud, se torna en marchamo de cordialidad. Esta mañana ha removido muchas vivencias acunadas en el recuerdo y me ha reconciliado con la infancia y con la familia.

26 de febrero de 1987

ME HE ENTERADO, con retraso, de la muerte de José Alfonso, el cantautor portugués. Creo que hasta el Presidente de la República lo ha elogiado ahora, tras su muerte como una figura excepcional. ¡Fariseos! Ha muerto arañado por la indignancia, sacudido por el desdén Oficial. Es la misma historia de la placa conmemorativa que colocaron en la casa en que vivieron Rimbaud y Verlaine en Londres, con todo el boato oficialesco que hizo destilar a Cernuda lo mejor de su bilis. Estuve en Portugal tras la revolución de los claveles del 25 de abril. Lisboa era una fiesta callejera improvisada. Las calles acogían a gentes exultantes, eufóricas, que se enzarzaban en acaloradas tertulias. Los portugueses, con esa elegante hidalguía de caballeros arruinados, se ufanan frente a nosotros, con Franco viviendo todavía, de sus logros revolucionarios. Fueron días resplandecientes, con júbilo desbordado. En los teatros, tras la representación, se cantaba «Grandola vila morena» de José Alfonso, que ahora ha muerto solo, pobre y abandonado, como un perro tiñoso. Portugal y su revolución cayeron en manos de culones y mezquinos leguleyos. Y aquel resplandor del 25 de abril se fue apagando.

Quienes no alcanzamos a vivir el mayo del 68 parisino, vivíamos asidos al 25 de abril del 74. Esa fue la revolución a la que nos incorporamos como reflejo

frustrado de la que no hicimos. Por entonces deseábamos portugalizar España. «Grandola vila morena» era el símbolo de su revolución. Con la muerte de José Alfonso la estela de aquel sueño comienza a desvanecerse. Fatalmente.

27 de febrero de 1987

ES DE NOCHE. La casa reposa en silencio. Claudia y los niños duermen. He estado releendo el libro de Pedro Reques sobre la demografía segoviana —demografía en Segovia (en Castilla) es sinónimo de despoblación— que he de presentar próximamente. El hamster roe los barrotes de la jaula y el ruido me pone nervioso, me irrita. No soporto los ruidos. Ayer, mientras escribía el cuarto capítulo de «Mi abuelo el pirata», una mosca zumbona me distrajo. Traté de concentrarme pero su revoloteo me lo impedía. Tan exasperante era que, en un momento dado, me levanté, cogí el jersey, a modo de metralla manual y se lo lancé sin tino varias veces. Se escabullía. Agotado abandoné su persecución e intenté olvidarla, pero inesperadamente, cuando lograba concentrarme, volvía a distraerme. Su aleteo tronaba como una moto junto al oído. Finalmente, cuando ya estaba desesperado, se posó en la cortina. No tuve que moverme. Estiré la mano rápidamente y la sentí dentro. Hice presión para que no se me escurriera por entre los dedos, que fui cerrando paulatinamente hasta sentir su carne blanda espachurrada entre las yemas. La había matado. Sentí una secreta satisfacción. Ahora oigo el camión de la basura. Me imagino a los basureros con ese ritmo trepidante y corrilón que les imponen como si trabajasen a destajo. El motor rechina al subir la cuesta, pero su runruneo dura poco, pues la distancia lo va sosegando y el runrún se oye como un susurro, cada vez más lejos, más lejos. Estoy cansado; son las dos y media. Mañana los niños comienzan a trinar a las ocho. Me rodean libros a medio leer y cuadernos a medio escribir encima de esta mesa camilla vestida con lienzo moreno festoneado con ramilletes de florecillas que Claudia bordó. El hamster se ha callado. Temo el despertar de los niños. Son casi las tres. Me voy a dormir.

Segovia, 3 de marzo de 1987

Sr. Pérez Millán. Consejero de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León. Valladolid.

Sr. Pérez Millán:

Hoy es martes de carnaval, supongo que un día apropiado para que ustedes, que llevan la máscara durante el resto del año, se despojen de ella y, por una vez, se muestren al natural. A mí me ocurre lo contrario: soporto con estoico pesar las tropelías, desmanes e indiferencias que emanan del poder y precisamente hoy deseo liberarme de ese papel y pasar a la ofensiva. Pero no se asuste, ya ve que es una trampa ingenua y pasajera que yo mismo me tiendo amparado en el carnaval

Hace dos meses menos dos días escribí una carta reclamando atención a un problema acuciante de Victoriano Abán, calderero singular que trabaja con técnicas ya periclitadas del siglo XVII su martinete de cobre en Navafría (Segovia). Hablaba, por un lado, del interés que aquella tecnología suscita y, por otro, de la indigencia que carcome y araña a la familia Abán. Supongo que ustedes andarán ocupados en asuntos más trascendentes. Bien es verdad que esos asuntos tampoco se plasman, al menos aquí en Segovia, pues curiosamente, durante el invierno, vivimos una época de estiaje cultural que abarca a todas las parcelas. Pero eso es algo secular. Hacen ustedes muy bien en conservar las tradiciones. En literatura, que es el campo donde más me muevo, además de un concurso han fomentado un congreso para cotorras de universidad. También aquí hacen bien: hay que estimular primero a los críticos, que luego, inevitablemente, aparecerán los escritores. Uno, con toda la carga de escepticismo que mantiene frente al poder, no espera milagros, ciertamente pero sí un mínimo de cortesía o de buenos modales. Ustedes no tendrían porqué mostrarse más groseros que el resto de los ciudadanos. Y sin embargo nos superan. También en grosería nos superan. Supongo que la preparación de las elecciones —que duran cuatro años— les distraerá mucho, pero una carta entre supuestos caballeros no puede esperar dos meses sin recibir una respuesta. Bien es verdad que yo dirigí aquella carta al Delegado Territorial de Segovia, el señor Pastor, que según me confesó

carece por completo de competencias para tomar determinación alguna, aunque ande muy sobrado de funcionarios. Por ello don Jesús Pastor me indicó verbalmente, en un encuentro fortuito en la calle, que la había trasladado inmediatamente a Valladolid, después de recibirla. Desde entonces estoy esperando. Será que en Valladolid no hay escribanos. Mire usted, señor Pérez Millán, Valladolid, o mejor, lo que esa ciudad representa como ciénaga del poder, se nos está atragantando a muchos de los que, de un modo circunstancial e inevitable, mantenemos relaciones esporádicas con la Junta. Parece que no sólo reina allí el poder encarnado en tediosos leguleyos. También la ineptitud, la fatuidad y el orgullo mentecato y pueblerino deben dominar la entramada tramoya. Se nos dijo —se nos mintió— que la autonomía significaba descentralización, acercamiento. Ahora, créame, nos están haciendo añorar a Madrid. Son —y ya es difícil— más complicados. ¡Atención, señores: la escalera se sube encima de la cabra! ¡Enhorabuena!



PD: Como de la anterior, también de esta envió copia al consejero de Fomento, que tampoco se ha dignado contestar.

7 de marzo de 1987

LLEVO UNOS DÍAS trabajando en el taller, haciendo un horario más o menos regular. Estoy feliz, relativamente feliz, con mi oficio de alfarero. Ni las oficinas, ni la docencia me han permitido tanta libertad. Fueron duros e inestables los inicios, pero ahora, de momento, el taller discurre por sí solo, con los engranajes engrasados. Todos los propósitos que mentalmente me hice para este período de tres meses, se han quedado a medio camino, como casi siempre. No me preocupa en exceso. La escritura requiere lentitud. Ahora cuento con los fines de semana y alguna tarde que le robé al taller. Echaré en falta el sosiego. Levantarse y saber que nada perentorio te distrae o perturba. Creo que sólo así puede salir a flote una obra. Aunque Faulkner escribiera *Mientras agonizo* sobre una carretilla volcada, ilumi-

nándose con una linterna, mientras trabajaba de vigilante nocturno en una fábrica.

Muñoveros, 10 de Marzo de 1987

Mari Tere de Santo Reina, consorte de Mohamed V. Marruecos.

Querida cuñada: ante todo, ¡salud! Te escribo bajo los efectos estremecedores que me ha producido el milagro de Nuestra Sra. la Santísima Virgen de la Fuencisla que antes de ayer mismo, sobre el restaurado templete de la plaza, se apareció ante una caterva numerosísima de turistas impíos, imponiendo con la magnificencia espectacular de su manto albo un silencio enfervorecido que llegó en sus consecuencias a paralizar los motores de los coches que ocasionalmente transitaban por allí. Yo fui testigo de excepción ya que había salido a comprar tabaco por mandato de tu hermana, cuando, de pronto, me vi deslumbrado por los rayos irisados que transformaron en un momento el ámbito de la plaza. Ntra. Sra. la Santísima Virgen dijo: «Aquí está la espada que me colgaron los mastuerzos del uniforme» y al momento, asida como la tenía con las dos manos, se la llevó a la rodilla y de un golpe seco allí mismo la chascó ante la complacencia del boquiabierto personal. Y remató: «Y no me volváis a colgar arruchos tan pesados, que tengo la cadera lastimada».

Aplaudimos, como puedes suponer. Impresionado como estaba no tanto por la aparición de la Virgen, pues la Historia nos ha dejado cumplida memoria de este hábito secular, sino de que lo hiciera sobre el templete, lo que era, según el catálogo de apariciones que obra en mi poder, un acontecimiento novedoso, me atreví a preguntarle por qué lo había elegido. «Porque las ramas de las acacias —me respondió— tienen pinchos hirsutos y agudos que podrían desgarrar el manto y porque me complace mucho que se haya restaurado este templete; en él acordaremos San Frutos y yo los prodigios que cada año hemos de derramar sobre esta tierra, equitativa y democráticamente concebidos.» Aquel turbión de turistas, hasta entonces apóstatas e impíos de la peor ralea, quedó atónito ante el hecho y en tropel fueron hasta la catedral para recibir el bálsamo del bautismo. Los automóviles, de repente, recobraron el palpito y el runruneo y la plaza volvió a cobrar su bullicio cotidiano. Como te sé devota de Ntra. Sra. y más desde que andas entre esos sarracenos, me he aprestado a comentarte el último de sus milagros del que fui indigno testigo. Recibe un abrazo.

Nota:

¹ Este párrafo introductorio, fechado en Segovia a enero de 1993, corresponde a «Seis años después», prólogo al libro *La obsesión del invierno*.